



El perro estaba sujeto a un cable a lo largo de la valla metálica y una polea en el extremo de su correa le permitía moverse de un extremo al otro. Unos seis o siete metros. Había una caseta de plástico a su lado pero, aunque había empezado a llover, no se había resguardado dentro. La lluvia había esponjado el pienso que había en un cacharro encharcado; del interior asomaba el pico sucio de una manta. Tras el animal estaba la fachada de dos plantas de cartón piedra pintada en grises planos con bordes negros: GHOST HOLE, trazo gordo chorreando en cursiva; bajo la primera palabra, una especie de Medusa-Alien grotesca. La atracción tenía el aspecto exacto de los castillos de terror triste de nuestras ferias de pueblo. El perro me siguió hasta que la polea chocó con la unión del cable a la valla y desde ahí se quedó mirándome empapado. Ése es el recuerdo más firme que tengo de aquel día; ése y la calle desierta a través del cristal manchado del Dunkin mientras se templaba el café.

Si hubiera sabido que estaba tan lejos, no habría ido. Pero es que, si no hubiera estado tan lejos, no me habría bajado siquiera del tren. Mi sobrino, que estaba fascinado con *Big*, me rogó que le llevara algún recuerdo de Coney Island y que por favor, por favor, me hiciera una fotografía con Zoltar para ponerla en su cuarto. Y es mi único sobrino. Así que me puse una gorra y subí al metro que lleva al filo de Brooklyn





dispuesta a divertirme un poco en mi misión. Los raíles elevados de la línea F me permitieron fisgar en los barrios invisibles de este lado de la ciudad y la retahíla en directo de advertencias y paradas cantada por la conductora como una institutriz del *hip-hop*, me mantuvo entretenida todo el trayecto. Había decidido regalarme para mi cumpleaños el viaje que siempre había querido hacer, aunque nadie me hubiera podido acompañar en noviembre. Noviembre es quizá el mes más pobre para cumplir años (ahí está con febrero): no hay sol, no hay días señalados —no relacionados con gente muerta, digo— no hay nada divertido que se pueda hacer y no hay nadie libre para hacerlo. Pensé que la soledad sería llevadera en una ciudad donde sobran las opciones.

Casi una hora después de salir, empezaron a asomar los tramos superiores de la única montaña rusa que queda en Coney Island. La estación está unos metros pasada la zona de las atracciones, así que el tren empieza a desacelerar justo ante ella, ofreciéndote una panorámica a cámara lenta que te noquea despacio como cuando tomas conciencia de algo absoluto que ya estaba ante ti hacía tiempo. Todo el barrio estaba desierto, disuelto en una neblina espesa sin sombras; desvencijado. Los hierros pintarrajeaban el cielo plomizo que se clavaba en un mástil blanco enorme. Visto desde arriba, parecía que un temblor de tierra hubiera agitado las atracciones porque nadie podía haberlas colocado adrede en ese desorden. Apenas algunos coches aparcados; un señor limpiando el suyo en mitad de la calle con las puertas abiertas y las alfombrillas desperdigadas a su alrededor. Montones dispersos de escombros, tejados de recortes, animales de zoo en las cornisas de las atracciones cerradas; cemento, chapa y ladrillo gris por todos los lados. Todo se veía pequeño y roto. Me acordé del cumpleaños sorpresa de Rodri al que nadie me invitó y al que llegué de rebote tan tarde que sólo quedaban tres borrachos que no me reconocieron. Aquello me lo





recordaba: los despojos de una fiesta que hace mucho que ha terminado.

El paraíso del hombre pobre, el fragmento más moderno del mundo.

Vaya con Coney.

«Si el viajero necesita liberarse de las agobiantes aglomeraciones, siempre queda Coney Island, aunque nadie le garantiza que estará solo», evidentemente esto fue escrito en verano. No son listos los de *Lonely Planet*. Sólo el largo camino de vuelta me disuadió de quedarme en el vagón del metro.

El pavés de las paredes de la estación estaba estampado con unos dibujos infantiles descomunales que intentaban resucitar mi impulso lúdico inicial: un perrito caliente enorme, una niña en un caballo, un niño tortuga turquesa... gente translúcida de colores falsos más turbadores que reconfortantes. Me detuve en la salida a la Surf Ave, ante un vano con las esquinas redondeadas coronado por el nombre al revés de mi destino. Las letras inversas titulaban la estampa de las fachadas de enfrente, teatralizadas por el marco oscurecido del arco de salida. La manzana la componían tres establecimientos cerrados que unas horas después entendería como el resumen de bienvenida más honesto posible: una fachada pintada con graffiti que alardeaba de la ventaja obsoleta de las fotografías digitales instantáneas; otra con el nombre formado por hileras de bombillas amarillas sobre un fondo sangui-nolento y haciendo esquina, una franquicia de comida rápida barata cuyo emblema era la insospechada pareja de *chicken & biscuits*.

Justo a la derecha, en la esquina siguiente, estaba el otro gran reclamo de la isla-no-isla: Nathan's, los perritos calientes más rápidamente engullidos del mundo. La Avenida del Surf era una avenida famélica y descolorida con seis carriles que habían dejado de tener sentido. En Google Earth está fotografiada en dos momentos diferentes que se unen justo





en la esquina de Nathan's: hasta ahí, la calle luce bajo un sol resplandeciente, pero si avanzas una fotografía hacia la derecha, el cielo está cubierto de nubes negras. Siempre pensé que el equipo Google habría entrado a comerse unos perritos y al salir se encontraron con la tormenta encima de ellos. Eso, o que se quedaron en Coney un par de meses.

Ni siquiera en Nathan's había gente; los carriles para alinear las colas invisibles de hambrientos continuaban el fenómeno de la avenida. Los sitios pensados para multitudes vacíos están mucho más vacíos que los demás. Me pedí un perrito a secas y le pregunté al chico que me atendió dónde podía encontrar la máquina de Zoltar; pero no sabía de qué le estaba hablando. Tuve que describirle el cacharro como si no fuera bastante fachoso ser la única persona de una fila ficticia a la espera de un perrito fuera de hora en un parque de atracciones fantasma con una gorra puesta. «*Big... The Tom Hanks' film... you know?...*» un muñeco así bajito con un turbante... que te leía el futuro... en una caja... y se le encendían los ojos... —gesticulaciones bochornosas—. Me quitó la gorra. La chica llamó a su jefe y tuve que repetir el show aunque esta vez bastó sólo con el principio. La máquina de Zoltar no había estado nunca en Coney Island. Lo que allí había era una especie de gitana en una caja que te leía el futuro que ni era lo mismo, ni funcionaba fuera de temporada. Me dijo que él sabía de uno de éstos en San Francisco, en el Fisherman's Wharf y en Las Vegas... ¡Ah! y en Florida había otro —apuntó el chico de la caja. «*Oh, yes, in Florida! It's true!*» En todos los lados menos en Coney Island. Por lo visto un tipo se había disfrazado de Zoltar para el Desfile de las Sirenas de ese verano y había sido un éxito.

Pues vaya.

Me comí el perrito por la calle pensando, como debe ser con todo lo célebre, que no eran para tanto y me dirigí en línea recta hacia el Cyclone, magnetizada por su arabesco de





hierro y madera. Los letreros de los establecimientos por los que pasé estaban pintados a mano con caracteres vistosos *retro*, pero la mayoría, como el de Helados Danny, no tendría tres veranos. Y todo estaba cerrado. Aquí no iba a encontrar ni un imán para la nevera. Un edificio desconchado de dos plantas albergaba la exhibición de los dos mundos de Coney: en la planta superior estaba el museo y en la baja, la exhibición de los monstruos tatuados del circo del Sideshow *by Seashore*. Me gustan los tatuajes. El lateral del edificio presentaba a los artistas tragadores de insectos o espadas con una ristra de carteles unipersonales chillones de lo más *retro*: Serpentina, Black Scorpio, Sword Swallower, Angélica y The Human Blockhead aseguraban estar vivos desde sus caricaturas a lo Matt Groening, alentando a un morbo que se podía ver con los dos ojos abiertos. ¿Tendría realmente el hombre escorpión pinzas por manos? ¿Serían prótesis o deformaciones congénitas de carne blanda? El 6 del precio de la entrada había sido convertido en un 5. En cuanto al museo, me acerqué a su puerta cerrada y me sorprendí al leer que abría dentro de tres horas porque parecía que no lo hubiera hecho en treinta años. A través del cristal, entre las letras redonditas enormes que me daban la bienvenida y anunciaban el coste ridículo de la visita («0'99 cents. *CHEAP!*», el *cheap* es literal) vi la escalera de subida que era en sí misma un recorrido por la historia y las desgracias de la Isla de los Conejos. Cada peldaño estaba decorado con el nombre de uno de los parques y atracciones que habían distinguido a la isla y que habían ido desapareciendo, casi todos consumidos por incendios predecibles: Steeplechase Park, Luna Park, Dreamland, Parachute Jump, Wonder Wheele... Qué pena de Coney.

En ese momento, en esa calle mustia y sólida, agradecí los colores vibrantes del espectáculo de monstruos y los carteles de bienvenidas. Ése no era un buen lugar para ir en noviem-





bre; ni era buen lugar para ir sola. Sólo faltaba un hilo musical de Radiohead.

Las luces del Cyclone estaban apagadas tras una valla metálica mínima que apenas envolvía a la bestia vieja. La montaña hibernaba a la espera de la siguiente temporada, cuando despertaría sola. Desde la verja, varios carteles convocaban manifestantes para una marcha por la supervivencia del parque que no dio resultado y el 7 de septiembre de 2008, todo lo poco de divertido que quedaba en Coney Island cerró para siempre. Aunque desde el cielo aún se sigan viendo decenas de círculos con rayas de colores, sólo el Cyclone y la nonagenaria noria Wonder Wheele, blindados por su denominación de monumentos históricos, volverán a encenderse. Hay un tercer y último monumento en la tríada de supervivientes que siempre representa gráficamente a Coney: el Parachute. Ochenta y dos metros de hierro rojo que hoy siguen ilustrando el cielo de Coney y desde los que se pudo saltar en paracaídas hasta que fue cerrado tras la demostración física de sus riesgos. Me hubiera encantado saltar desde lo alto. El caramelo aplastado de Astroland, el cohete... Caminé hacia la playa abrigada por la montaña, pensando en que hay pocas cosas más tristes que un neón apagado y en cómo iba a ser un parque de atracciones sin atracciones. Entonces fue cuando empezó a llover y cuando vi al perro del Ghost Hole. Un tiempo después, lo busqué en la fotografía de su trozo de mundo en el Google Earth, entusiasmada con la ilusión insípida de volver a verlo. No estaba. Claro.

La lluvia perfeccionó la estampa del Coney que yo estaba viendo. Llegué a la recta infinita de duelas encontradas del paseo marítimo, oscurecida a parches por la lluvia, pero de un color ceniza apagado incluso mojada. La playa, masificada a principios de siglo a doble turno, lucía tan yerma que parecía no haber sido pisada nunca. La playa de Coney, el desagadero de miles de americanos de barrio con tarteras y





bañadores a la moda, disfrazada de playa virgen. Me acordé de la imagen en blanco y negro de aquel famoso fotógrafo. A mi derecha, la silueta extraña del Parachute emborronada por la niebla; a mi izquierda, los bancos vacíos mirando hacia la orilla tan lejos imposible distinguir la arena mojada de la seca. Un chico con un chubasquero pasó a mi espalda en bicicleta. Puestos de comida de *tomar y llevar* cerrados. Esto no estaba pensado para días lluviosos. Me refugié bajo una cabina de teléfono cromada y llamé a mi sobrino.

<<¡¡Hola tita!! Lo desperté, seguro. ¡No, no, qué va! ¡¿Dónde estás?! ¡No! ¿De verdad? ¡No me digas! No me mientas... ¡¿De verdad?!... ¡Hala, qué chulo!... ¿Y cómo es, tita?... Guau... Vaya... ¡No me digas!! ¿De verdad? Guau... ¡Hala!... ¿Y has visto a *Zoltar*? ¡¿No?!... Ohhh... .. ¿Sí? ¿Está la noria? ¡¿Sí?!... ¿Y es grande?... Guau, tita... La *guonder-güül*... Qué suerte, tita... La próxima vez, me llevas. No, prométemelo, ¿me lo prometes?... ¡¿Y cómo es?!... Guau...>>

No pude decirle toda la verdad.

Entre su Coney y el mío había algo en común. Aún no sabía qué era, pero lo había.

La lluvia apretó y aceleré el paso hacia alguna calle donde hubiera un techo y para mi sorpresa, una tienda de *souvenirs* abierta: CONEY ISLAND BEACH SHOP, con los cristales protegidos del sol por plásticos de densidad neutra. Parecía un chiste. Otro. En el escaparate, hileras de camisetas serigrafadas, madera quebradiza bajo hebras de barniz viejo; un cubo en la entrada para los paraguas. *Hi, good morning*. El dependiente estaba sentado tras el mostrador con los brazos contundentes cruzados sobre su barriga contundente, apretada dentro de una camiseta lisa verde botella: *Just to say, darling*. Me sonrió sin levantarse, con la familiaridad de los que se ven a diario y se caen bien. Toallas, camisetas de colores alegres, pequeñas tablas de surf para colgarse al cuello... compré un par de camisetas para mi sobrino y mi hermana,





pero no vi nada para mí porque ninguno de esos recuerdos podría recordarme el Coney que yo conocía. Me acerqué al mostrador y vi unos colgantitos de metal en el expositor... El hombre los cazó con las puntas de los dedos y me los enseñó, minúsculos enterrados en carne rosa: dos Parachutes plateados que costaban unos chivatos 6'99 dólares. El hombre me sonrió: «*Are they pretty, aren't they?*» Yo me alié con él corroborando a la americana: «*Oh, yeah! So pretty!*» Uno de ellos tenía el cromado saltado en su base y terminó de convencerme. Me los lió como un caramelo en un trozo de papel de regalo muy fino. De allí me fui corriendo hacia la estación pero al pasar delante del Dunkin Donuts de la esquina, decidí tomar algo caliente antes de irme.

Mientras esperaba a que se enfriara el pozal de café flojo hirviendo habitual, miraba por la ventana la misma avenida que me había recibido, aún más solitaria ahora bajo la lluvia. Un señor mayor cruzaba delante de los Auto Skooter Eldorado con las manos al aire, andando como si fuera a algún sitio... ¿Dónde ir aquí? Es todo tan viejo. No es de esos sitios con el empaque envejecido de otros tiempos, de esos con la capacidad evocadora de las emociones vividas. No tiene nada de eso. Es todo tan patético, tan pobre. Feo. Qué pena de Coney.

El fragmento más moderno del mundo.

La fachada macilenta de Eldorado me recordó al Tívoli, el parque de atracciones de mi ciudad que siempre, cada seis o siete años, parece que va a cerrar. El Palacio Chino y el Barco Misterioso sustituidos por urbanizaciones con piscina privada; condominios. Hoy un teleférico sobrevuela el recinto empequeñeciéndolo aún más que cuando vuelves al parque midiendo más de metro treinta. Una nueva atracción que cosifica el conjunto en pro del espectáculo. Quizá eso lo haya salvado unos cuantos años más.

No hay teleférico en Coney. Me quedé mirando una ex-





planada asfaltada enorme ocupada a medias por ristras de autobuses escolares amarillos, pensando en los monumentos históricos del parque como el *tanto* de su haraquiri.

El chico que limpiaba las mesas (el mismo que me acababa de servir y quizá el único en el local) se me acercó y me explicó que aquella explanada era el hueco que había dejado la Thunderbolt tras su demolición, dieciocho años después de haber sido cerrada, setenta y cinco de haber sido abierta. Raúl —leí la chapa en su camisa— había subido a *flicker* unas fotos de su almacén entre las hierbas crecidas los años que estuvo cerrada. Aunque claramente era hispano (tan claramente como yo) me habló en perfecto inglés. Por lo visto, ni sus raíces de madera, ni el hotel que atravesaban sus patas (el Kensington Hotel que ya estaba allí antes que ella) ni haber sido la residencia de Alvin en *Annie Hall*, fue suficiente para salvarla y en el año 2000, la demolieron sin aviso ni ceremonias. En la valla que cercaba el recinto, había unas pancartas enormes ilustradas con las siluetas de la triada tramposa (simulando una serigrafía que simulaba el estilo Warhol, simulando algo moderno que estaba ya muy pasado) que planteaban:

THE FUTURE OF CONEY ISLAND

Debió notármese el desconsuelo en la cara porque Raúl me dijo que en verano las cosas eran diferentes y que todo era más acogedor. Él volvió a su caja y yo a mi ventana, sintiendo sorprendida que no imaginaba un aspecto más acogedor para la calle.

Me terminé el café, me despedí de Raúl y entré en la estación.

Miré, comprendiendo esta vez, los fantasmas traslúcidos de las paredes de pavés de la estación. Qué será de Coney. Puede que de cerca siempre fuera un fiasco, incapaz de corresponder al centelleo mágico que proyectaba en el cielo, en





el horizonte o en las fotografías. De lejos, de cerca... de dentro. Necesitaba un paso más. El metro tardaba en salir. Pienso en los animales domesticados huyendo aterrorizados por la calles del fuego que devoró Dreamland. Pienso en el perro del Ghost Hole y en las yedras enredadas en el esqueleto sentenciado de la Thunderbolt y entiendo, ahora sí, que no puede ser de otra forma. Que ya no es lo que fue y que no será lo que es ahora. Era una botella vieja para un espíritu enérgico: era Josh Baskin en *Big*.

Nada debía ser conservado en Coney Island. Tuvo que pasar un tiempo para que yo llegara a descifrarlo del todo: su demolición como parte imprescindible de su *reconstrucción*, el bucle de *renovación sin fin*. El fragmento más moderno del mundo había dejado de serlo hacía mucho tiempo. El laboratorio del mundo, el semillero de prototipos revolucionarios, el paradigma de las innovaciones imposibles, de las realidades sintéticas más rocambolescas. Un espacio para dejar las bocas abiertas y las mentes despejadas. El destino de los desechos tecnológicos (y humanos) del resto del país, un imán para suicidas, criminales y monstruos; para visionarios, para lúcidos, temerarios. Lo que fuera conservado aniquilaría la pulsión *re-inventiva* despiadada e intrínseca de Coney; el billete de ida de su retroalimentación necesaria, la anulación del retro en pro de la alimentación. Quizá el espíritu revulsivo de Coney haya sucumbido para siempre por el miedo a perder el destello de sus luces pasadas. Como aquel juego en el que se formaban figuras clavando pinchitos de colores en una caja de luz y con el que todos construimos alguna que nos costó mucho destruir.

Pero era eso o clausurar el juego.

Sentada en el interior del vagón veía, encarándose frente por frente a la curva que me desviaría de allí, el mástil blanco de Astrol...





me levanté para leer el ...and

...y no volví a sentarme.

El Laboratorio a la espera, boqueando, a solas. Quedaban veinticinco minutos para que abriera el museo. ¿Cuánto tiempo llevaría atado el perro?

Qué será de Coney.

Me bajé.

No me gusta la gente. No me gustan las risas estridentes ni las cosas que brillan mucho. No me gusta echarle porquerías a los perritos, ni la arena de la playa, ni los pantalones cortos. Crucé de nuevo el arco de **COMET IRLAND** esta vez sin mirar hacia arriba. Entré en el Dunkin de nuevo y saludé con la mano a Raúl. No pareció sorprenderse al verme. «*The usual, Raúl*», satisfacción plena. «*Ok, honey*» Le dejé una buena propina. Me senté donde antes y miré la calle desierta. Tenía tiempo. Todo el que quisiera.

No tengo nada tatuado y nunca he saltado en paracaídas. Ninguno de mis amigos lleva sombrero. Y Rodri era un gilipollas que creía que podía decidir quién se le arrimaba. Me gusta Radiohead. Y me gusta lo inadvertido de noviembre.

Retiré la tapa del vaso de papel —no deja uno de ser turista en dos minutos— y soplé el líquido pardusco. Estaba exultante. A gusto. No tenía porqué volver a mi hotel; no tenía porqué volver. Era pronto. Tenía tiempo. Pronto abriría el museo. Raúl me indicó dónde podría comprar algo de carne.

No sé porqué no lo he visto más claro. Siempre es pronto.

«Ningún fuego acabó con Coney», Raúl sonrió desde el mostrador.

Creo que sabía exactamente qué me estaba pasando.